

Crónica sentimental de Vancouver

Publicado el 31 December 2002 en la red "Charquican.net"
<charquican@manquehue.net>

Nota de referencia:

Año nuevo, época de balances y memorias. Para los que se interesen, va a continuación una Crónica Sentimental de Vancouver que había prometido escribir antes de fin de año. Deseando un muy buen 2003 para todos los integrantes de la red, los saluda

C.

Si éste fuera un documental y yo tuviera que encontrar una música que sirviera como banda de sonido para mi breve estadía en Vancouver, British Columbia, Canadá (apenas seis semanas, 42 días), seguramente elegiría "Luna sobre Bourbon Street", un melancólico tema de Sting (cuando Sting era más jazzero que músico pop), donde el saxo y el bajo juegan con melodías que parecen arrancadas de los más oscuros arrabales de Nueva Orleans.

Si éste fuera un cuento, y no una simple crónica, yo diría que en Vancouver tuve un encuentro con un oso grizzlie (más de uno, en realidad), aunque el "rendez-vous" tuvo lugar en la cima del Grouse Mountain, donde se han propuesto recrear las condiciones del hábitat natural de estos plantígrados para dar asilo a los ositos huérfanos que vagan desconcertados en medio de la posmodernidad. Y había, por suerte, de por medio, entre ellos y yo, una valla electrificada como símbolo de quién sabe qué cosa.

Si éste fuera un artículo periodístico, y no lo que es, yo diría que Vancouver es una suerte de San Francisco, ubicado más al norte, sobre ese mismo Océano Pacífico que tranquilo nos baña. Y que eso de estar al borde del agua le confiere a esta ciudad esa especie de electricidad fosforescente, de vibración cosmopolita que sólo he podido encontrar en Buenos Aires, Valparaíso o Montevideo, y que puedo adivinar, sin haber estado nunca en ellas, en Alejandría o en Lisboa.

Si éste fuera un ensayo, y no unas pobres líneas dictadas, antes que nada, por la necesidad de expresar mi agradecimiento a alguna gente, y transmitir acaso a otros la sensación telúrica que se apodera de tu alma cuando conoces un lugar que te obliga a resetear tus sentimientos y a pensar que aún quedan lugares en el mundo donde la naturaleza puede convivir con rascacielos color verde esmeralda en un paisaje en el que cabe tanto el Downtown como el Stanley Park.

Si éste fuera un poema o una epifanía, yo podría resumir en menos palabras que las que hasta ahora me ha demandado, el simple hecho de explicar cómo un día de otoño llegué a esta ciudad, que lleva el apellido de su fundador, pero descubierta antes que él por navegantes hispanos, y lo primero que me impresionó fue ver desde el avión un cardumen de sombras que hendían sus

aguas, como una primitiva geometría formada por una interminable bandada de patos en estado salvaje.

Si éste fuera un informe con pretensiones de indagación sociológica (que es lo último que querría ser), estaría obligado a decir que Vancouver (tal como San Francisco) es una comunidad muy liberal, bien poco parecida al resto de Canadá (excepto Montreal y quizás Toronto, la cuna de Naomi Klein), y observada con sempiterna desconfianza por los "ed necks" del "país profundo" debido a su condición de ciudad multicultural (se calcula que al menos el 25% de sus dos millones de habitantes son asiáticos).

Debería agregar, si acaso hiciera falta, que en los mismos días de mi leve tránsito por sus calles el COPE (Coalición de Electores Progresistas) ganó la elección municipal por avalancha. Y que Larry Campbell se transformó en alcalde al frente de sus huestes, integradas por gente tan heterogénea como Tim Louis, un abogado, confinado a una silla de ruedas, que reivindicaba como sus héroes máximos a Fidel Castro y a Ernesto Che Guevara. O Jim Green, un activista contra la guerra de Vietnam, que -como otros muchos estadounidenses- buscó refugio en el país vecino para no servir a una causa que condenaba.

Dos veces exiliados

Si éste fuera un reporte privado para una red de internautas, que en algún momento de su vida y por razones estrictamente ajenas a su voluntad, fueron forzados a dejar su comarca, como una tribu de modernos hebreos, dispersa por el mundo, pero aferrada con dientes y muelas a una testaruda identidad, debería contarles que en Vancouver me encontré, a boca de jarro, con el dolor de los dos veces exiliados. Primero, por una dictadura, y luego por una democracia restringida donde tampoco hubo espacio para ellos.

Si éste fuera un reporte, decía, para una red virtual tan extendida como puede serlo la inmensa patria de los desterrados por atreverse a soñar demasiado, estaría obligado, pienso yo, a citar los nombres de Manuel Briño y la señora María, sanbernardino él y sanmiguelina ella, que desde la distancia aportaron con lo que pudieron (y pudieron bastante) para derribar al régimen injusto y arbitrario que creyó destruirlos al enviarlos tan lejos.

Debería mencionar a Gloria Díaz, con su pasión rojinegra intacta, pese a la pérdida de su compañero, en la lucha sideral e internacionalista de los que partieron -como en "La canción del elegido" de Silvio- tras los caminos del Che, recibéndome sin conocerme en su casa de la calle Kingsway, en el barrio de Joyce. Debería nombrar también a su padre, Francisco, un ex chacabucano, y a su hija, Fabiola.

Debería tal vez agregar, por razones de elemental justicia, a Mario Lee, que corrió presto a auxiliarme cuando un mail de mi amigo Ignacio le avisó que había un compatriota varado en Vancouver. Aficionado a subir cerros, como yo, Mario me reveló interesantes atajos (entre ellos, el empinado Grouse Grind) hacia el corazón de un territorio que parecía, en principio, un misterio imposible de decodificar. El "compañero Zárate" -primer hombre que llegó como visitante al campo de concentración de Chacabuco, tras un alucinante viaje en un bus repleto de mujeres que atravesó un país en estado de sitio, en busca de noticias de los suyos-, sabe de lo que hablo?

Debería también agradecer a Una Walsh, la compañera de Mario, cálida y

solidaria, como buena descendiente de irlandeses, que me abrumó con su generosidad al regalarme una pila de libros de autores canadienses con legítimo orgullo nacional, y que fue una excelente anfitriona.

Debería mencionar, cómo no hacerlo, a Carmen Rodríguez y a su pareja, Alan, que a pesar de sus orígenes indo-británicos es lo más parecido que puede haber a un chileno de Avenida Matta. Decir que Carmen es compañera de oficio, en lo que a la escritura se refiere, y que su sentido de la hospitalidad no ha cambiado desde cuando era una profesora en Valdivia hasta ahora, cuando enseña en Vancouver. Y recordar, por cierto, los camarones al ajillo que compartimos en su casa en Commercial Drive, el barrio más "fancy" de la ciudad, entre los antipastos del Latin Quarter y los olores y sabores mediterráneos del "Lombardo" o el "Marcelo".

(Dos restaurantes que -vale la pena la digresión o, mejor dicho, la sinopsis del cuento que algún día debería escribir Carmen- nacieron de un mismo tálamo conyugal, destruido por la ubérrima tentación de una camarera que se puso alegremente a fornicar con su "padrone" sobre una de las mesas del local. Y fue sorprendida con las manos en la masa por la "signora" engañada...)

Debería, sin duda, hablar (nobleza obliga), de la señora Rosa, la compañera de don Manuel Briño, y de sus hijos Waldo y Karina. La señora Rosa debería tener un master en confección de empanadas, si es que existiera tal título, porque sabe que para hacerlas bien el principal ingrediente consiste en amasarlas con cariño y perseverancia. Waldo y Karina, por su parte, me abrieron de par en par sus casas en Vancouver y Victoria, y vayan mis saludos y mi gratitud para ambos, y también para Soledad, Leyla y Jonhattan.

Debería nombrar asimismo "last but not least"-, para que nadie se ofenda y librado siempre a la torpe precariedad de la memoria, a Adriana y a Nelson, su compañero peruano; al "Chino", hombre de Lota, que toca boleros con un cuatro venezolano y que cuenta a quien quiera oírlo, con un inocultable dejo de tristeza, que cuando volvió a su tierra nadie pareció reconocerlo; a Gina, que descubrió por obra del azar que había estudiado la misma carrera que Adriana en la USACH y casi al mismo tiempo, en esa dura época de rectores delegados; a Magaly, cuya hija se volvió a los 18 años a Chile, país del que salió siendo una niña de meses, y que decidió que éste era su único lugar posible bajo el sol, desechando las ventajas del Primer Mundo para vivir en medio de las zozobras del capitalismo subdesarrollado.

Debería decir: siguen las firmas, para que nadie quede afuera de este recuento, en el cual, de pronto, me doy cuenta, está faltando el nombre de Margarita, la argentina-alemana, ex cuñada de Carmen, a la que conocí en "The Reef", un restaurant jamaicano de Main Street, donde celebramos el cumpleaños de Magaly y adonde me condujo un chofer sikh, con un turbante sobre la cabeza, muy digno al mando de su trolley, al que le pregunté: "Can you advice me in 26th Street"?, y el tipo me avisó, desde luego, con la solidaridad innata que surge entre los tercermundistas. Margarita, que se vino a San Juan con su pareja de entonces - Nelson, el Gordo- para hacer algo más que enseñar inglés, allá, a mediados de los años 80?

Si éste fuera, por último, un diario de viaje garabateado a hurtadillas en un sótano, bajo la luz catódica de un televisor permanentemente encendido para familiarizarnos con una lengua ajena, yo debería intentar un paneo donde no

faltara el Lyon Gate Bridge, mi primera vía de acceso hacia North Vancouver. Y una sucesión de imágenes veloces: el 246, Edgemont Village, Highland Boulevard. El Winfield College, en Robson y Beatty Street, con miríadas de japoneses, chinos y mexicanos, intentando descifrar "Friends" o "Los Simpson", sin la ayuda de los subtítulos. Waterfront, la estación terminal del Sky Train, y el punto de partida del Sea Bus, el ferry que atraviesa el Burrard Inlet en doce minutos exactos, con inflexible puntualidad anglosajona.

"Runaways" y drogadictos

Paseo por Chinatown. Inevitable excursión al jardín del doctor Sun Yat Sen, con sus pagodas y signos del zodiaco. Olor a pescado seco. Prostitutas adolescentes que dan cuenta de la cercanía de West Hastings, el lugar donde se arraciman los drogadictos para pincharse con jeringas contaminadas de VIH. Una ¿junkie?? cruza la calle gritando el delirio de un mal viaje. "Hey, sir! Do you have change?", pregunta alguien a mis espaldas en la ciudad donde circulan los pordioseros más jóvenes del mundo, mitad drogos perdidos y mitad "runaways", que llegan del resto de Canadá buscando un clima menos riguroso. Sórdido paisaje. Ganas de salir escapando de este remedo del infierno de Brueghel donde Ratso y sus amigos de "Midnight Cowboy" deambulan con sus botas vaqueras y se hospedan en hoteles de mala muerte, mientras los "homeless" levantan tiendas cubiertas de plástico sobre las veredas...

Vuelta de página y retorno al Vancouver amable y bienpensante, donde la gente bebe plácidamente café en los Starbucks desparramados por toda su geografía o carga sus vasos desechables, camino a sus obligaciones, con la conciencia culpable del que siente que está perdiendo el tiempo de un modo miserable y nada calvinista en medio del espeso fárrago urbano. Granville Island, los buses que pasan exactamente a la hora que está escrita en unos rodillos giratorios, en los postes de las paradas, o en los horarios que puedes conseguir en la fabulosa Biblioteca Pública, donde yo solía copiar versiones inglesas de "Los Versos del Capitán", de Pablo Neruda.

Y otra vez el Stanley Park, el pulmón verde de la ciudad (u ocre o escarlata o amarronado, depende del color de la paleta con que los estaciones vayan tiñendo las altas copas de los arces o las secuoyas), donde los hippies levantaban sus comunidades a fines de los ´60, al igual que lo hacían sus hermanos de más abajo, desde Seattle hacia el sur. La calle Bute, donde Ignacio vivía en los tempranos '80, un poco alarmado dentro de su machismo latinoamericano (que también es el mío) por la estruendosa visibilidad de los gays de la calle Davie.

Y la marcha contra la guerra en Irak, desde el Canada Place hasta English Bay, donde todo culmina con canciones folk que llevan la impronta de Bob Dylan y Joan Báez, y palabras de Sven Robinson, uno de los miembros más radicales del NDP, el Partido por una Nueva Democracia, y gran amigo del exilio chileno. Y no era cierto aquello de que "una fuerte lluvia va a caer...", porque la llovizna nos había empapado hacía un buen rato hasta los tuétanos, y el Tío Sam circulaba sobre zancos con una sonrisa demencial pintada en su cara. Y por los parlantes se anunciaba que en Toronto, en Montreal y en Edmonton la gente también marchaba contra la guerra...

Recuerdos deshilvanados

Si éste fuera, al fin y al cabo, sólo un registro, una bitácora de experiencias vitales que se hilvanan de manera desordenada sobre la sombra espectral de la memoria, debería decir que aún recuerdo la vasta extensión de la bahía y el

océano cubierto de nubes blancas. Y la satisfacción del deber cumplido, cuando trepé por segunda vez el Grouse Mountain, y me encaramé sobre el andarivel de los esquiadores y pude imaginar que allá abajo todavía circulaba la gente originaria de la tierra, dedicada a la caza o a la pesca en el río Capilano, y que los hombres blancos recién asomaban sus narices como tramperos o malolientes husmeadores de pepitas de oro...

Aún recuerdo al artista callejero que hacía sus malabares con antorchas de fuego y arrancaba carcajadas a su público, reunido en corro en el mercado de Granville Island, con su gracia innata de clown y su magnífico acto en el que lograba zafarse, a lo Houdini, de la cinta de embalar con la que había sido envuelto como una momia, para después pasar el sombrero con la dignidad de un lord británico.

Aún recuerdo al Lennox Pub y al Cambie Hostel, el único pub de Vancouver donde es posible fumar sin correr el riesgo de ser expulsado como un hereje, un apóstata incorregible de la nueva religión de la buena salud y el vegetarianismo.

Aún recuerdo (y las recordaré por largo tiempo) a las noches planetarias de North Vancouver, con las estrellas brillando en lo alto y una luna de intimidante cercanía mostrando su mejor rostro de queso gruyere entre los altos pinos.

A los squamish, con sus largas melenas y la pesada solemnidad de los que se sienten los antiguos dueños de la tierra, y en particular a uno de ellos que me hablaba de la Anaconda Copper y de otras cosas que no logré entender cabalmente la noche en que perdí el último Seabus, y volví a casa en un taxi, convertido súbitamente en colectivo, con dos chicas canadienses que al parecer trabajaban en un bar y dos pinches mexicanos, uno de los cuales estaba borrachísimo y tuvo al menos el tino de vomitar en un alto que hicimos en el camino.

A Alejandro Rojas, el ex presidente de la FECH en los '70, saliendo de la iglesia de Our Lady of Sorrows, al cabo de una Teletón, la única vez durante el año, junto con el 18 de septiembre, en que los chilenos deponen sus diferencias, y añoran en forma unánime la patria lejana.

A Adam Policzer, un arquitecto nacido en Hungría que ostenta el dudoso privilegio de haber sido prisionero de un "lager" nazi en su infancia y luego estuvo preso en Chacabuco, por más de un año y medio. Y construyó un barrio en Joyce -la Cooperativa- donde viven hasta hoy 27 familias de exiliados, mediante el esfuerzo mancomunado de todos ellos.

A Louis Miranda, uno de los jefes más sabios y respetados de la nación squamish, que vivió noventa y tantos años, y que resultó ser descendiente de chilenos, porque según parece hubo unos compatriotas -valdivianos o chilotes, no está claro-, que llegaron tarde a la fiebre del oro en Frisco, y siguieron viaje hacia el norte, como una tribu de modernos hebreos o argonautas, y se mezclaron con gente de la tierra, de resultas de lo cual nació el jefe Louis y una incontable legión de Sotos, Valenzuelas y Muñoses.

Y a mi amigo Steve, chofer de la línea 246, que se puso a charlar conmigo un día durante un recorrido, entre Stadium y Highland, y me contó que se había casado dos veces, pero que ninguna de las dos veces había funcionado, que la última vez que lo intentó fue con una sicóloga, pero que ni aun así?Y que su novia actual era conductora de buses como él, y que estaban muy bien, pero que ni pensaban

en casarse. Al final, como era día de elecciones, terminamos hablando de política. Me dijo que su chica iba a votar por el "Marijuana Party", porque al menos eran honestos. Es una buena razón, le dije yo, al tiempo que le comenté que también había oído hablar del "Dance Party Party", a propósito de partidos "freaks". Entonces, Steve volvió a sonreír con su amable sonrisa de hombre feliz, y me dijo: mira, acá se crearon las primeras comunas hippies de Norteamérica, antes que en San Francisco. No sé, yo pienso que tal vez se deba el clima. Lo único que te puedo decir es que ésta es una ciudad terriblemente loca"



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

